

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Homilía

ORDENACIÓN DE PRESBITEROS 2007

Ordenación de presbíteros 2007

23 de junio de 2007

Quiero saludar a estos diáconos que hoy son presentados en esta Asamblea eclesial para ser ordenados presbíteros. Los presenta el Provincial de la Compañía de Jesús, como legítimo responsable, pero los presenta en la Iglesia de Dios y para el servicio de los hombres y mujeres en este momento concreto de nuestra Historia que la Iglesia vive. No vais a formar parte de un *presbyterium* en particular, pero sí de diferentes presbiterios concretos, allí donde viváis vuestra misión. Sé perfectamente que vuestro carisma específico hará de vosotros presbíteros en disponibilidad eclesial múltiple, pero es bueno sentir que el Señor os llama para el orden de los presbíteros, miembros del Pueblo de Dios, religiosos o seculares, al servicio del resto de ese Pueblo, con una vida de entrega muy singular, en la que no puede faltar la comunión con el obispo en cuya Iglesia viváis y trabajéis como presbíteros. Así, creo yo, vivió san Ignacio su singularísimo carisma, *«para sentir con la Iglesia»*.

Saludo también a los demás jesuitas, al Provincial de España, a los demás sacerdotes, y a cuantos estáis en esta iglesia; de modo especial, quiero saludar a los padres y familiares de los que en esta tarde seréis ordenados. La generosidad de ellos al seguir a Cristo como sacerdotes se une a la vuestra, agradable a Dios, ya que habéis aceptado respecto a vuestros hijos que un sacerdote ha de tener siempre una apertura a todo el mundo, lo cual les hace salir de su familia y adentrarse en otros ámbitos de fraternidad. Sin embargo, un sacerdote nunca está lejos de los que le dieron la vida y le enseñaron lo más importante de la vida: a amar y ser amados.

el Señor, y sin Él poco podréis hacer. La celebración de la Eucaristía ha de ser para vosotros no un cumplir una tarea cansina, sino el compartir los sentimientos de Cristo Jesús cada día, una renovada comunión, un renovar el sacrificio de la cruz, descubriendo cada vez más la riqueza y la ternura del amor del Maestro. Él llama a una amistad muy íntima con Él. Escuchando dócilmente al que es la Palabra, siguiéndole fielmente, aprenderéis a traducir a la vida y al ministerio pastoral su amor y su pasión por la salvación de los hombres y mujeres, y descubriréis a los verdaderamente pobres. Sólo de este modo se puede dar la vida por Cristo y los hermanos, si fuera necesario. Aquí se encierra una belleza grande, que atrae.

¿Por qué esta gran asamblea para esta ordenación sacerdotal? Vosotros, seguro, tenéis muchos amigos y familiares que con gusto han venido para esta celebración, y esto explica la gran asamblea reunida. Pero tiene que haber otra explicación, en el fondo sencilla: a través del sacerdocio, nadie quiere hoy llegar a ser importante en lo humano, a convertirse en un personaje. Hay otro tipo de marketing para eso. Aquí no se trata de buscar nuestra propia exaltación, sino el servicio humilde de Jesucristo. Y el único camino para subir legítimamente hacia el ministerio de pastor es la cruz. No desear ser alguien, sino, por el contrario, ser para los demás, para Cristo, y así, mediante Él y con Él, ser para los hombres y mujeres, que Él busca para conducirlos por el camino de la vida. Y necesariamente este tipo de vida tiene una fuerza de atracción muy grande.

Se entra en el sacerdocio a través del sacramento; y esto significa precisamente: a través de la entrega a Cristo, para que Él disponga de mí; para que yo le sirva y siga su llamada, aunque no coincida con mis deseos de autorrealización y estima. La misión de Jesús concierne a toda la humanidad, y por eso la Iglesia tiene una responsabilidad para con toda la humanidad, para que reconozca a Dios, al Dios que por nosotros en Jesucristo se encarnó, sufrió, murió y resucitó. Jamás debemos contentarnos con la multitud de aquellos a quienes, en cierto momento, hemos llegado... La Iglesia no puede retirarse cómodamente dentro de los límites de su propio ambiente. Tiene por cometido la solicitud universal, preocuparse por todos y de todos. Hemos de salir de nuevo y siempre «a los caminos y cercados» (Lc 14,23) para llevar la invitación de Dios a su banquete a todos los hombres que hasta ahora no han oído hablar de Él o no han sido tocados interiormente por Él. Esa es la tarea de la Iglesia, que hoy asumís